

Los fundamentos filosóficos de la cultura occidental

Puede afirmarse que el fundamento general de la cultura occidental es la concepción griega o clásica de sabiduría, que implica el reconocimiento del valor supremo de la razón y la del ser humano. Sobre esta base humanística, la religión cristiana apoyó otros tres grandes valores desconocidos en la cultura clásica, los de la persona, la libertad o libre albedrío en sentido pleno, y el amor supremo o caridad.

Sobre estas tres columnas, que como las columnas de Hércules que separaban Europa y África lo hacían ahora del mundo pagano al cristiano, se edificó la visión de la realidad del mundo occidental, que se extendió por el mundo entero con un hegemonía sobre las demás culturas, que, a pesar de que en la actualidad, parece desconfiar y hasta sospechar de su valor, continúa teniendo una total supremacía, desde los deportes hasta la economía y la ciencia.

El piso o la plataforma, sostenido por las tres columnas cristianas, que descansa en los valores de la verdad, el bien y la belleza, que incluían la sabiduría griega, es también una aportación cristiana, la afirmación de la humildad metafísica. Antes de mostrar y examinar estos cinco fundamentos —los de la sabiduría, persona, libertad, amor y humildad metafísica—, es conveniente analizar el mundo actual, en la que parece que están en crisis, porque no sólo se niega su actualidad sino también incluso su existencia en el pasado.

1. Situación actual de la cultura occidental

La situación actual de este mundo de principios del tercer milenio se podría representar por el llamado «trilema del barón de Münchhausen». El personaje literario del siglo XVIII, el barón de Münchhausen¹, creado por el escritor alemán Rudolf Erich Raspe (1737-1794), aunque parece estar basado en los relatos de un personaje histórico, Karl Friedrich Hieronymus, barón de Münchhausen (1720-1797).

Este antihéroe, cómico por sus fanfarronadas, que se asemeja al de los *Los viajes de Gulliver*, de Jonathan Swift (1667-1745) y hasta al de *Don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes (1547-1616), se encontró con el siguiente problema: tenía que llegar a un castillo, que estaba en medio de un lago. No había ninguna embarcación para atravesarlo. Tenía que utilizar, por tanto, sus propios recursos.

El barón pensó que tenía tres posibilidades: la primera era hacer pie, o sea, atravesar el lago andando. Para esto, era preciso que el lago no fuera profundo. Sin embargo, no era éste el caso, porque era muy hondo.

¹ Cf. RUDOLF ERICH RASPE, *Aventuras del barón de Münchhausen*, Madrid, Doncel, 1971.

El segundo procedimiento era ir nadando, pero el barón no lo pudo utilizar, porque no sabía nadar.

Parece que no quedaban ya posibilidades. Pero el barón descubrió, un tercer medio: el de tirar de su coleta del pelo para sobresalir del agua y avanzar sin necesidad de tocar el fondo. Este es el procedimiento que el barón utilizó con éxito, según cuenta en su relato.

El método, como es evidente, no es válido porque va contra la ley de la inercia

En definitiva, el barón, en realidad, no podrá alcanzar el castillo, en ninguna de las tres opciones posibles, Porque el lago es profundo, no sabe nadar y su solución de la coleta no sirve.

En síntesis, no se encuentra ante un dilema, frente a un razonamiento con una disyunción que lleva a la misma conclusión, la imposibilidad de atravesar el lago. Se halla ante un trilema, porque las alternativas que se han descubierto ante el problema llevan a idéntico resultado, en este caso negativo, son tres.

Puede pensarse, que en estos momentos, nuestra cultura se encuentra ante un trilema y que es semejante al del barón de Münchhausen. La primera parte del trilema significaría la actitud de la *modernidad*, ya en crisis; la segunda la de la actual *postmodernidad*. y la tercera la del *cientificismo*, que continua vigente,

Ninguna de las tres alternativas, modernidad, postmodernidad y científicismo, vigentes en la actualidad, permite al hombre llegar al castillo, a la finalidad del saber., la verdad y el bien, que proporcionan la felicidad

2. La modernidad

El procurar atravesar las dificultades para llegar al bien del hombre haciendo pie, como si estas no fuesen profundas o difíciles, es la actitud de la llamada modernidad, que se podría caracterizar por su optimismo. El pensamiento moderno ha concebido a toda la realidad, tanto la natural como la trascendente, sin mucha hondura, como si sólo tuviese una capa captable y dominable totalmente por el entendimiento y la voluntad del ser humano.

Ha emancipado la realidad de un fondo, misterioso y profundo para el hombre, aunque, el reconocerlo no implica negar su racionalidad. De la misma manera que el advertir que el lago del cuento tiene una profundidad incalculable no implica suponer que no sea todo de agua.

La modernidad comenzó propiamente con el humanismo renacentista. Se ha dicho que la modernidad no ha sido nada más que el desarrollo del Renacimiento. El diseño de toda la modernidad habría sido concebido en el Renacimiento.

La historia moderna sería su puesta en práctica hasta sus últimas consecuencias. Puede decirse, por ello, que el fin de la modernidad es el fin del Renacimiento y también de su humanismo, clásico y cristiano, que era su base.

En nuestra época: «Todas sus posibilidades (las del proyecto renacentista) están agotadas. Se ha caminado hasta el fin por las sendas del humanismo y por los cauces del Renacimiento, ya no se puede por ellos, ir más lejos»².

En cualquier caso, en el último tercio del siglo XX, tuvieron plenamente sentido estas palabras: «La historia moderna es una empresa que ha fracasado, que no ha glorificado al hombre como hacía esperar. Las promesas del humanismo no han sido cumplidas»³.

El nuevo proyecto renacentista o moderno se diferenciaba del clásico y cristiano en que se realizaba con la ruptura con el centro espiritual de la vida. Era un proyecto sin profundidad, y, por tanto, también capacidad de visión trascendente, porque sólo desde lo que está más adentro se puede llegar a lo que está más allá.

2.1. La sabiduría griega

Está era la gran enseñanza griega romana: el llegar al centro profundo de la realidad material permite trascenderla y hallar el espíritu. Se encuentra claramente expresada en el famoso mito de la caverna de Platón. Los hombres encadenados en ella, al mirar las sombras, que procedentes del mundo exterior, se proyectan en su fondo, desconocen que es más maravillosa la realidad auténtica. Es preciso descubrir que las cosas son más que cosas, y que se ven en su auténtico ser, si se deja la esclavizante actitud materialista y el consecuente apego a lo sensible, y se accede al mundo espiritual. Desde esta realidad, se pueden contemplar las cosas en sus dimensiones fundamentales, con perspectiva auténticamente sabia y verdadera.

La cultura griega se puede entender como una búsqueda de la sabiduría y, por tanto, de la verdad y el bien. Según Aristóteles, la función de la sabiduría, o mejor el amor a la sabiduría —tal como expresa el término filosofía— es la de ordenar. «Es propio del sabio ordenar»⁴

Ordenar, en primer lugar, significa, como también dice Aristóteles, «gobernar» o mandar⁵. El filósofo o sabio es capaz de ordenar o mandar, porque puede encaminar o dirigir hacia el fin, y también poner, por ello, las cosas en orden. El segundo significado y principal de ordenar, por tanto, es encaminar hacia el fin o causa final. El tercero, como consecuencia, es el de conocer y aplicar la ordenación de la realidad, su finalidad o sentido.

La sabiduría conoce y expresa, por tanto, la causa final de las cosas, o el fin o bien del universo, principio también de todos los seres. Por ello, dice también Aristóteles es propio del sabio considerar «las causas más altas»⁶. Como el origen de la

²N. BERDJAEFF, *Una nueva edad media*. Reflexiones acerca de los destinos de Rusia y de Europa (liad. esp. De J. Renom), Apolo, Barcelona 1933, p. 12.

³ Ibid., p. 14.

⁴ ARISTÓTELES, *Metafísica*, I, 2, 3 982a 18.

⁵ IDEM, *Topicos*, II, 1, 5, 109a 27-29)

⁶ IDEM, *Metafísica*, I, 981a 18bc.

causa final o fin último de cada uno de las cosas es su primera causa dadora de sentido o finalidad, es un entendimiento, puede decirse que el último fin del universo es, por tanto, el bien del entendimiento, que es la verdad. en consecuencia, puede decirse que la verdad es el último fin del universo⁷.

De esta tesis se sigue que, si la sabiduría estudia la finalidad, tendrá como deber principal el estudio de la verdad. A la sabiduría o filosofía le interesa toda verdad pero sobre todo la primera verdad, inteligencia suprema, fin o bien último, o creador. Es propio de la sabiduría contemplar, principalmente, la verdad del primer principio y juzgar de las otras verdades.

Santo Tomás que asumió esta concepción de la sabiduría indica que el estudio de la sabiduría, en sí misma o en su grado humano o filosofía, tiene cuatro importantes cualidades: suprema perfección, sublimidad, máxima utilidad y suma agradabilidad.

El estudio de la sabiduría es el más perfecto, porque el hombre en la medida en que se da al estudio de la sabiduría, posee ya de alguna forma la verdadera bienaventuranza.

Es el más sublime, porque con ella el hombre se asemeja principalmente a Dios, que «todo lo hizo sabiamente» (*Ps* 103,24), y como la semejanza es causa del amor, el estudio de la sabiduría une especialmente a Dios por amistad.

Es el más útil, porque la sabiduría es «camino para llegar al reino de la inmortalidad». Es el más agradable, porque «no es amarga su conversación ni dolorosa su convivencia, sino alegría y gozo» (*Sab* 8, 16)⁸.

Por el descubrimiento de la realidad espiritual, la nota característica de la esencia de la cultura clásica era su posibilidad de encuentro con el cristianismo. No era una cultura cerrada a la trascendencia. Había intentado su autosuperación por el arte y sobre todo por la filosofía. Para salir de sí misma, fue capaz de autocriticarse. No consiguió superar sus límites, pero conservó esta apertura.

2.2. Preámbulos de la fe

Gracias a esta apertura, la antigüedad pudo estar presente en la cultura medieval, como su fundamento básico. Dejando aparte el hecho milagroso de la primera evangelización, como indica Santo Tomás, sería muy extraño que una multitud, de gente sencilla y también de hombres cultos, aceptase la fe católica, no por la violencia de las armas ni por la promesa de deleites, y lo que es más sorprendente, en medio de persecuciones y tormentos, por la estima de lo que el mundo desprecia⁹.

Frente al prejuicio de la pobreza de esta época, mantenido durante mucho tiempo, la cultura medieval afirmaba al hombre y creaba belleza. Aunque arraigada en el núcleo espiritual cristiano, no se había desvinculado con la antigüedad¹⁰. Por su

⁷ SANTO TOMÁS, *Suma contra los gentiles*, I, c. I

⁸ *Ibid.*, I, c. II.

⁹ *Ibid.*, I, c. VI

¹⁰ Cf. N. BERDJAEFF, *Una nueva edad media*, op. cit., p. 28.

conexión con el fundamento espiritual: «la Edad Media había preservado las fuerzas creadoras del hombre».

Tanto es así, que gracias a ello: «había preparado el florecer espléndido del Renacimiento. El hombre penetró en el Renacimiento con la experiencia y con la preparación medievales». Por este motivo: «Todo lo que hubo de auténtica grandeza en el Renacimiento estaba vinculado con la Edad Media cristiana»¹¹.

La religión cristiana enseñó la existencia de un doble orden de verdades referentes a Dios: verdades accesibles a la razón humana, y verdades que, siendo también racionales, sobrepasan capacidad de la razón del hombre (c. 3). Por ejemplo, una verdad de Dios, que sobrepasa la capacidad de la razón humana, es, por ejemplo, que Dios es uno y trino. Una verdad, que puede ser alcanzada por la razón natural, es la existencia y la unidad de Dios, que incluso demostraron los filósofos de la antigüedad clásica siguiendo la luz natural de la razón.

La razón humana no puede llegar por sí misma hasta estas verdades sobrenaturales, porque nuestro conocimiento en esta vida tiene su origen en los sentidos y, no puede captar lo que está fuera de su ámbito, aunque puede conocer algo actuando intelectualmente en lo sensible (c. 3). No se pueden, por tanto, inferir verdades sobrenaturales sobre Dios, porque, por medio de lo sensible, lo obtenido son verdades naturales, que tienen su principio sólo en la razón. Además, se refieren a Dios de manera limitada, únicamente en lo que se infiere de su relación con el mundo.

Lo sensible, efecto de Dios, no lleva al descubrimiento de las verdades sobrenaturales o las que se refieren a su substancia o interioridad, porque los seres sensibles no tienen suficiente entidad o perfección para conducirnos a ver en ellos lo que la substancia divina es, puesto que son efectos inadecuados a la entidad o perfección de su causa.

Lo sensible no lleva a las verdades sobrenaturales, pero, sí, y, sin esfuerzo, al conocimiento de que Dios existe y otras verdades que tienen relación con lo creado, y, que, son, por tanto, verdades naturales.

Una primera consecuencia de esta distinción entre las dos clases de verdades es que no se pueden reducir las verdades sobrenaturales a verdades naturales. Una segunda es que no se puede rechazar como falso todo lo que afirma de Dios, aunque la razón humana no lo haya podido descubrirlo, como hace el llamado racionalismo teológico, que moderno elimina las verdades sobrenaturales, como hacía el maniqueísmo, que era además materialista y determinista, sin tener en cuenta la limitación del entendimiento humano.

El entendimiento humano no sólo es insuficiente para estas verdades es también en el conocimiento de las cosas sensibles. Se ignoran muchas propiedades de las cosas sensibles, y las más de las veces no se pueden conocer perfectamente las conocidas. De la insuficiencia y dificultad de la razón humana para descubrir la inteligibilidad de las

¹¹ *Ibíd.*, p. 25.

substancias imperfectas creadas, se sigue que todavía tendrá una insuficiencia y dificultad muchísimo mayor para conocer la substancia perfectísima de Dios¹² (c. 3). Sostener lo contrario, no es, por tanto, racional.

Enseñaba también Santo Tomás que Además de las verdades sobrenaturales en la revelación divina también se ofrecen algunas, que se pueden alcanzar por la razón humana. No ha sido inútil revelar verdades que se pueden alcanzar por la razón humana, sino que ha sido muy beneficiosa.

El hecho de que verdades naturales hayan sido reveladas junto con las sobrenaturales, obedece a tres motivos, que muestran su provecho.

El primer motivo es porque si se dejare a la sola razón humana el descubrimiento de estas verdades, en primer lugar, muy pocos hombres a lo largo de la historia conocerían a Dios y otras verdades naturales conexas con su existencia y naturaleza. Sería sólo un número muy limitado de hombres que hubiera conocido estas verdades naturales, porque a los restantes se lo habría podido imposibilitar tres causas.

Primera: la mala complexión fisiológica, que impide llegar al sumo grado del saber humano, que es conocer a Dios.

Segunda: el cuidado de los bienes familiares, que es necesario, pero que quita el tiempo necesario para poder conocer a Dios.

Tercera: la pereza, comprensible de algún modo porque es preciso saber de antemano mucho para que la razón pueda conocer a Dios. A pesar de que Dios ha insertado en el alma del hombre el deseo de las verdades divinas, para conocerlas se necesita una larga y profunda labor investigadora. Lo confirma el hecho de que en el estudio de la filosofía, cuyo fin es el conocimiento de Dios, la última parte que se enseña es la metafísica, que se ocupa de las verdades divinas, porque se necesita el conocimiento de las otras.

El segundo motivo por el que, sin la revelación expresa de ciertas verdades racionales o naturales, muy pocos hombres las habrían conocido, porque a estos pocos hombres, que no tuvieran los impedimentos fisiológicos, familiares y el vicio de la pereza, o la huida al esfuerzo y al trabajo, las hubieran obtenido con gran dificultad y después de mucho tiempo. Esta dificultad y la necesidad de tanto tiempo para superarla obedece también a tres causas.

Primera: porque por la profundidad de estas verdades, el entendimiento humano no es idóneo para captarlas con facilidad, y, por tanto, necesita mucho tiempo.

Segunda: porque se requiere saber muchas otras cosas de antemano.

Tercera: porque asimismo se necesita la madurez, que proporcione la paz y la tranquilidad, necesarias para conocer verdades tan profundas.

Si el conocimiento racional natural de Dios sólo lo lograran únicamente algunos pocos, y éstos después de mucho tiempo, la humanidad hubiera permanecido inmersa

¹² Ibís, I, c. III

en medio de grandes tinieblas de ignorancia, y también de malicia, ya que el conocimiento de Dios hace a los hombres perfectos y buenos en sumo grado.

El tercer motivo por el que, sin la revelación expresa de ciertas verdades racionales o naturales, muy pocos hombres y después de mucho tiempo las habrían conocido, porque además estos pocos hombres sabios y maduros poseerían estas verdades naturales con gran incertidumbre. Esta incertidumbre se explica igualmente por tres causas.

Primera: porque muchas verdades se tendrían por dudosas, por la debilidad del entendimiento humano, incluso en estos sabios, que hace que las más de las veces, la falsedad se mezcla con la verdad.

Segunda, porque también en ellos se encuentran tesis contrarias.

Tercera, porque se sabe asimismo entre las verdades que demuestran hay elementos meramente probables o sofisticas.

Fue, por tanto, conveniente presentar a los hombres estas verdades racionales en sí mismas asequibles al hombre por vía de fe, porque así puede llegar a todos los hombres de manera inmediata el conocimiento de verdades puras y con una perfecta certeza.

Además, las verdades naturales reveladas no sólo tienen un interés filosófico, sino también para la fe. Santo Tomás los considera «preámbulos de la fe», porque son la base racional inmediata a los contenidos exclusivos de la fe, aquellos que no son cognoscibles por la razón natural.

Estas verdades, o preámbulos a los artículos de la fe, son a la vez de fe o sobrenaturales y asequibles o naturales a la razón humana, porque sería contradictorio. Estas verdades para unos son naturales o racionales, porque en sí mismas son demostrables por la razón humana, aunque como se ha dicho es difícil sin duda y error. Para otros, gracias a la divina clemencia, las aceptan como de fe o con una racionalidad que sobrepasa la capacidad humana. De este modo todos los hombres pueden conocerlas, unos como creídas y otros como comprendidas por su razón¹³ (c. 4).

2.3. Ruptura con la sabiduría y los preámbulos de la fe

La gran tragedia del proyecto de la modernidad fue su ruptura con el fundamento espiritual, que es el que daba vida a la filosofía y a toda la cultura. La nutría y la fecundaba. En los inicios de la modernidad, con las fuerzas conservadas en la Edad Media, el hombre pudo todavía continuar la inercia de la creación cultural, desde la artística a la metafísica.

La pérdida del fundamento básico de la sabiduría y de las auténticas columnas de persona, libertad y amor, que son preámbulos de la fe, no fue inmediata, sino gradual y progresiva, porque: «El Renacimiento no iba (...) dirigido contra el catolicismo (...) El humanismo, en sus comienzos, no se distanciaba aún mucho del cristianismo, bebiendo

¹³ *Ibíd.*, I, C. IV

en dos manantiales: la antigüedad y el cristianismo. Y no era creador y esplendente en sus resultados sino en la medida de su proximidad con el cristianismo. Cuando se hubo arrancado el fondo espiritual y pasó a la superficie, empezó a degenerar»¹⁴.

La actual crisis de la modernidad revela que, una vez consumada su ruptura con el centro espiritual o religioso, las consecuencias han sido muy graves. La primera es el estado de vacuidad. «El hombre europeo (..) se yergue en un estado de vacuidad terrible. Ya no sabe dónde está el centro de su vida. No siente profundidad bajo sus pies. Se entrega a una existencia más que vulgar; vive con dos dimensiones como si habitase exactamente en la superficie de la tierra, ignorando lo que está por encima y lo que está por debajo de él»¹⁵.

Una segunda consecuencia de la ruptura moderna es la duplicidad del hombre, Además de comenzar el camino hacia la superficialidad y el vacío, el hombre moderno ha llegado a estar dividido en dos, sin la unidad propia del medieval. La filosofía del hombre ha perdido la unidad. La imagen del hombre del final de este largo renacimiento es la de un hombre desdoblado, perteneciente a dos mundos. Por su origen y características todavía medievales: «El Renacimiento no era, no podía ser enteramente pagano. Las gentes del Renacimiento se nutrían de la atmósfera de la antigüedad, en ella buscaban la fuente de la libre creación del hombre, le pedían la forma perfecta de sus imágenes, pero en nada eran gentes de espíritu antiguo»¹⁶.

Así se explica que, por ejemplo, los logros en el arte renacentista no sean más que apariencias de clasicismo. «No se debió al azar el que el arte del siglo dieciséis fiera rápidamente conducido a un academicismo sin vida, y que haya degenerado. Desde el punto de vista espiritual, con el siglo dieciséis italiano, el desdoblamiento ha llegado a ser una decadencia, una disgregación del alma cristiana»¹⁷.

Una tercera consecuencia, encadenada con las dos anteriores de la pérdida del fundamento y de la unidad, fue la reducción progresiva del hombre espiritual al hombre natural.

El hombre espiritual fue transformándose paulatinamente en el mero hombre natural. Podría decirse que al final está triunfando el hombre natural sobre el hombre espiritual. En el Renacimiento: «El hombre penetró en el torbellino de la vida natural, pero no se unió a la naturaleza en la parte íntima de ésta. Se sometió espiritualmente a su materialidad pero quedando separado de su alma»¹⁸. Del hombre natural pasó al hombre material

En cuarto lugar, el hombre moderno, como resultado de su ruptura sistemática con el centro religioso, pierde también el mundo cultural clásico y con él su filosofía.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 25-28.

¹⁵ *Ibid.*, p. 16.

¹⁶ *Ibid.*, p. 17.

¹⁷ *Ibid.*, p. 21

¹⁸ *Ibid.*, p. 24.

«El humanismo que rompe con el cristianismo, rompe además con la antigüedad, destruyendo al hombre dos veces, corroyendo sus bases antiguas y cristianas»¹⁹.

No hay que olvidar que en la edad media: «La imagen del hombre, la imagen de su alma y de su cuerpo, es la obra de la antigüedad y del cristianismo», La imagen clásica del hombre no estaba cerrada a toda trascendencia y pudo ser restaurada y completada por el cristianismo. La modernidad no sólo modificó reductivamente esta imagen, sino que además pretendió contraponer sus dos constitutivos, el clásico y el cristiano. Sin embargo, no es posible porque el primero recibió al segundo, como como su sujeto o receptor que debe ser perfeccionado. «La afirmación del paganismo contra el cristianismo, conduce a la negación y a la destrucción de la antigüedad»²⁰.

Por último, se ha dado una quinta pérdida. Alejada del cristianismo y de la antigüedad, la modernidad ha perdido también la esencia de la naturaleza. «El fin del Renacimiento mata a la naturaleza como mata al hombre»²¹.

Debe recordarse que: «Lo que aparece con el Renacimiento no es ya únicamente un descubrimiento artístico de la naturaleza, sino también un descubrimiento científico. En eso está el gran significado de esa época. De ahí es de donde ha salido el triunfo histórico de la ciencia natural, que ha preparado los formidables descubrimientos técnicos del siglo diecinueve, y ha conducido al predominio de la máquina sobre la vida humana»²².

La técnica, así entendida, ha hecho que las: «Relaciones con la naturaleza, que eran relaciones de gozo, se han convertido en la consciencia de una inevitable lucha contra ella, mediante la mecanización de la vida. Nuestra época no imita ya las formas de la naturaleza, no busca ya en ellas las fuentes de la perfección [...]; declara la guerra a la naturaleza porque se le ha hecho interiormente extraña, y la toma por un mecanismo muerto; entre la naturaleza y el hombre levanta nuestra época la máquina»²³.

La pérdida de la naturaleza se nota especialmente en la economía moderna El sistema económico moderno se podría entender como: «El retoño de una concupiscencia devoradora y destructiva. Esta concupiscencia no podía desarrollarse más que en una sociedad (...) Que se hubiese apartado del cielo para entregarse exclusivamente a las satisfacciones terrena (...) No es más que el resultado de la secularización de la vida económica. En este sentido, es violada la subordinación jerárquica de lo material a lo espiritual. El economismo de nuestra época es justamente la violación de la verdadera jerarquía de la sociedad humana, la privación de un centro espiritual»²⁴.

¹⁹Ibíd., p. 28

²⁰ Ibíd., p. 29.

²¹ Ibíd., p. 46

²² Ibíd., p. 45.

²³ Ibíd., pp. 45-46

²⁴ Ibíd., pp. 101-102.

Más grave es una especie de inversión de principios, que descubre en el materialismo económica de la cultura actual. La economía secularizada ha querido reemplazar al centro religioso. «La autonomía de la vida económica ha llegado a dominar sobre toda la vida de las sociedades humanas. La religión de Mammon se ha convertido en la fuerza determinante del siglo. Y lo peor es que en este ‘mammonismo’ sin disfraz ve nuestro siglo una inmensa ventaja, el acceso al conocimiento de la verdad, la liberación de las ilusiones. El materialismo económico formula esto a la perfección: llama ilusión y engaño a toda la vida espiritual del hombre»²⁵.

El hombre materialista: «arrancado del hombre espiritual, se crea una vida de fantasmas, está seducido por bienes ilusorios»²⁶. Los modernos materialismos, alejados de la naturaleza de las cosas: «Han creado mitos y fantasmas, han dirigido la vida del hombre hacia ficciones, que no obstante, dan la ilusión de ser la más real de las realidades ¿Pero tanta realidad hay en los sentidos del ser, tanta realidad ontológica en sus Bolsas, sus bancos, su papel moneda, sus monstruosas manufacturas que fabrican objetos inútiles o municiones para la destrucción de la vida, en la ostentación de su lujo, en los discursos de sus parlamentarios y de sus abogados, en los artículos de sus periódicos? ¿Tanta realidad hay en el creciente aumento de nuestras insaciables necesidades?»²⁷.

La cultura moderna, por su aislamiento del centro espiritual, y sus cinco consecuencias —pérdida de profundidad, la falta de la unidad o coherencia de pensamiento, reducción de la concepción del hombre, las sucesivas separaciones de la antigüedad y de la naturaleza—, se ha autoengañado. Ha creído que, como en la primera opción del trilema de Münchhausen, el lago o la realidad era poco profunda y, por ello, ha sobrevalorado sus posibilidades. Ha recortado la realidad y con ella la racionalidad, que se ocupa de su estudio en la mayor posible profundidad. Ha adaptado ambas a sus potencialidades, que, por su parte, ha sobreestimado.

3. La postmodernidad

La crisis de los ideales de la modernidad ha llevado a una situación parecida a la tercera del trilema de Münchhausen: el barón no sabe nadar y, por tanto, no puede mantenerse a flote ni avanzar en su camino hacia el castillo. No puede hacer nada. Al no saber nadar, y sin posibilidad ya de llegar a la meta como con la primera alternativas, sólo queda la inhibición. Una renuncia que se justifica no sólo por la imposibilidad de alcanzar el fin, sino también por la inexistencia del mismo.

Si la visión de Berdiaeff, puede considerarse parcial y demasiado negativa, lo cierto es que desde ella, pudo predecir, en el año 1923, el final de la modernidad.

²⁵ *Ibíd.*, p. 102.

²⁶ *Ibíd.*, p. 34.

²⁷ *Ibíd.*, p. 101.

Escribe, en este mismo lugar: «La historia contemporánea se acaba, y asistimos a los albores de una era desconocida, a la cual habrá que dar un nombre. Lo cierto es que hemos rebasado el marco de la historia»²⁸.

Su conclusión tampoco es optimista respecto a la filosofía y parece anunciar su final, el nihilismo. «Hoy, el hombre entra en un porvenir desconocido (...) Y entra en esta época, no ya lleno de savia creadora como en la época del Renacimiento, sino agotado, debilitado, sin fe, vacío»²⁹.

Debe tenerse en cuenta que en la segunda mitad del siglo XX, han tenido lugar dos grandes cambios culturales de grandes y graves consecuencias. El primero la ruptura de 1968. Antes de esta segunda mitad, entre 1939 y 1945, se había sufrido la Segunda Guerra Mundial, la más grande y sangrienta de la historia. Cuando finalizó, el 2 de septiembre de 1945, se habían enfrentado más de setenta países y habían muerto unos sesenta millones de personas «La generación del período posterior a la guerra, una generación que después de todas las destrucciones y viendo el horror de la guerra, del combatirse unos a otros, y constatando el drama de las grandes ideologías que realmente habían llevado a la gente al abismo de la guerra, habían redescubierto las raíces cristianas de Europa y habían comenzado a reconstruirla con estas grandes inspiraciones».

Esta situación cambió en 1968, cuando tuvo lugar el Mayo francés o Mayo del 68, la rebelión estudiantil, que se extendió por toda Europa: como señala Benedicto XVI. «Al desaparecer esa generación, se veían también todos los fracasos, las lagunas de esa reconstrucción, la gran miseria que había en el mundo. Así comienza, explota la crisis de la cultura occidental: una revolución cultural que quiere cambiar todo radicalmente. Afirma: en dos mil años de cristianismo no hemos creado el mundo mejor. Por tanto, debemos volver a comenzar de cero, de un modo totalmente nuevo. El marxismo parece la receta científica para crear por fin el mundo nuevo»³⁰.

La modernidad había entrado en una crisis definitiva. En un mundo que llevaba dos décadas de crecimiento sostenido, de democratización, y en general de un bienestar como occidente no había conocido nunca, se deseaba otro modo de pensar y de vivir.

En 1989 tiene lugar la segunda ruptura histórica con la caída del llamado «Muro de Berlín» o «Muro de la Vergüenza» que separaba el Berlín Oriental del Berlín Occidental. Sus 120 km, y las muchas personas que murieron por los disparos de los guardias fronterizos al intentar pasarlo, eran el símbolo de la denominada «guerra fría». Con la caída del muro, se reunificaron las dos Alemanias, desapareció la Unión Soviética y el Pacto de Varsovia.

²⁸ Ibid., p. 24.

²⁹ Ibid., pp. 21-22.

³⁰ BENEDICTO XVI, *Discurso: Encuentro con el clero de la diócesis de Belluno-Feltre y Treviso en Auronzo de Cadore*, 24 de julio de 2007.

En 1991 la guerra fría, con la disolución de la Unión Soviética y el bloque marxista que encabezaba, la guerra fría, el enfrentamiento de un mundo bipolar, había terminado. «Tras la caída de los regímenes comunistas no se produjo, como podía esperarse, el regreso a la fe; no se redescubrió que precisamente la Iglesia con el Concilio auténtico ya había dado la respuesta. El resultado fue, en cambio, un escepticismo total, la llamada ‘postmodernidad’».

Para la postmodernidad o nihilismo, que ha sido asumido por la tendencia postmoderna, el castillo es una ilusión óptica y, además, si existiera no tendría ningún interés para el barón. Da igual que exista o no la unidad, la verdad y la bondad. No hay nada y si hay algo no sirve para nada.

El nihilismo, como indicó Nietzsche, consiste en la afirmación de la nada absoluta. «¿Qué significa el nihilismo?: Que los valores supremos han perdido su crédito. Falta el fin: falta la contestación al “porqué”»³¹. Para el nihilista no hay ni interioridad ni trascendencia. «Que no hay verdad alguna; que no hay cualidad alguna absoluta en las cosas, que no hay “cosa en sí”. Esto es el nihilismo, y, en verdad, el nihilismo más extremo»³².

Con la crisis de la modernidad, el nihilismo, la filosofía de la nada o de la falta de esperanza, ha ido avanzando. Se manifiesta claramente en el mundo de hoy como la mentalidad difusa de que todo es pasajero y fugaz. Si todo es efímero, y, por tanto, provisional, no hay lugar para compromisos definitivos. Tampoco para certezas. Esta es la base de las actuales actitudes agnósticas y relativista, que desembocan en un escepticismo general.

La llamada de un modo ambiguo postmodernidad ha asumido el nihilismo. Las diversas corrientes posmodernas rechazan la postura racionalista de la modernidad y su intento de fundamentar absolutamente todo el saber. Sin embargo, el irracionalismo, que ha resultado de la caída de la modernidad, para la mentalidad postmoderna, no debe llevar a la desesperación.

Aunque la postmodernidad critique a la modernidad, y adopte posiciones opuestas a ella, al proclamar la «muerte de la razón»³³, el fin de la libertad³⁴, el «desenmascaramiento» de todos los valores³⁵, la «disolución de la historia»³⁶, «la muerte del sujeto»³⁷, el indiferentismo religioso³⁸, y, en definitiva, la «incertidumbre, la

³¹ F. NIETZSCHE, *La voluntad de dominio*, en *Obras completas*, Madrid, Aguilar 1932, vol. VIII, 1, 1, p. 7.

³² *Ibid.*, p. 13.

³³ A. WELMER, “La dialéctica de modernidad y posmodernidad”, en *Debate* 14/1985, pp. 67-87, p. 67.

³⁴ Cf. J. LYOTARD, *La condición pos/moderna*, Madrid, Cátedra, 1984.

³⁵ R. RORTY, “Habermas and Lyotard on Postmodernity”, en *Praxis internacional*, 4/1 (1984), pp. 32-44, p. 32.

³⁶ J. BAUDRILLARD, *Las estrategias fatales*, Barcelona, Anagrama, 1984, p. 12.

³⁷ ID., “El éxtasis de la comunicación”, en H. FOSTER (Ed.), *La pos/modernidad*, Barcelona, Kairós, 1986, pp. 187-197.

³⁸ Cf. J.M^a MARDONES, *Pastmodernidad y cristianismo*, Santander, Sal Terrae, 1988.

indeterminación y la inseguridad»³⁹ sin embargo, no cree que ello conduzca a una actitud desesperada.

Ante el «nada es verdad» y el «todo vale», propone el no preocuparse y el vivir el *carpe diem* de Horacio. La verdad es lo que siento y lo que me apetece. Debe tratarse siempre con frivolidad, sin darle importancia, ni preocuparse por ello. Lo postmoderno es lo ligero, lo insubstancial, lo trivial, lo inconstante, lo voluble, y lo inconsecuente. Lo posmoderno es evadirse e intentar divertirse siempre. En realidad, la postmodernidad pretende ser: «un nihilismo sin tragedia»⁴⁰. En definitiva, enseña a aceptar el nihilismo.

Podría decirse, desde el ámbito metafísico, que, en la postmodernidad, con la afirmación de la nada, con el nihilismo, en lugar de ponerse el acento en la entidad y realidad, se han transformado sus propiedades o atributos trascendentales. Se ha sustituido la unidad, posibilitadora de toda multiplicidad, por la fragmentariedad, discontinuidad, localismo y disenso postmodernos. La verdad, por la verificación. La bondad, por la utilidad, y la belleza, por la sensualidad.

Con los sucedáneos de los trascendentales, ya no parece que se pueda afirmar plena y absolutamente la libertad, únicamente quedan solo libertades parciales o aparentes. En cualquier caso, las libertades unilaterales y superficiales no sirven para liberar al hombre de lo que limita o disminuye. Además, para la tendencia postmoderna, lo natural y lo humano son ajenos e incongruentes a esta salvación, que, para ella, carece de sentido. Sólo queda un conformismo estático, que no reconoce en realidad camino alguno.

3.1. La verdad

Esta actitud conlleva a una desconfianza general, que afecta principalmente a cualquier tipo de verdad. No se concibe la verdad como un desvelamiento o desolcultamiento inteligible de la realidad, tal como la definía Heidegger, ni tampoco con el concepto parecido de los medievales de adecuación, tanto de la realidad a ser entendida como del entendimiento con la realidad. La verdad parece entenderse sólo como fruto del consenso, como el resultado de la voluntad de la mayoría.

La voluntad general tendría por objeto no sólo lo opinable o lo dudoso, sino también la verdad que puede resultar de un juicio del que se tiene plena certeza o asentimiento perfecto. De este modo las verdades racionales más patentes para el hombre, de las que ya estaba seguro de haber alcanzado, se equiparan con las tesis dudosas y las meras opiniones. Todo el ámbito de lo cognoscible se reduce a un

³⁹R. RORTY, "Habermas and Lyotard on Postmodernity", op. cit., p. 38.

⁴⁰CARLOS VALVERDE, *Génesis estructura y crisis de la modernidad*, Madrid, BAC, 1996, p. 340

pluralismo absoluto e indiferenciado, porque se considera que todas las doctrinas y tesis son igualmente válidas.

Sin embargo, si todo queda reducido a una preferencia subjetiva y, por ello, a algo opinable, el hombre estaría regido por lo que es circunstancial. Si la actitud relativista y pragmática se convierte en el único criterio de verdad, el hombre queda sometido a lo accidental. En cambio, la dignidad humana exige que sólo las instancias superiores y trascendentes, a las que el hombre ya está abierto, puedan regir su pensamiento y su acción, tal como en el pensamiento griego y en el pensamiento se ha mantenido.

A pesar de que el marxismo murió se ha conservado de su negación de la verdad. La verdad es un medio para conseguir los propios fines. Escribía Marx: «El problema de si al pensamiento humano se le puede atribuir una verdad objetiva, no es un problema teórico, sino un problema práctico. Es en la práctica donde el hombre tiene que demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poderío, la terrenalidad de su pensamiento. El litigio sobre la realidad o irrealidad de un pensamiento que se aísla de la práctica, es un problema puramente escolástico»⁴¹. No hay verdad ni mentira, ni importa la contradicción, lo que importa es el éxito de los intereses.

A este pragmatismo ha que unir, que se ha heredado la negación de la substancialidad humana, persona, ni libertad. «Pero la esencia humana no es algo abstracto inherente a cada individuo. Es, en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales»⁴². Tampoco hay amor, sino posición o enfrentamiento, que se desprende de su método dialéctico.

4. El cientificismo

El hombre moderno, que surge en el Renacimiento, no ha encontrado el fundamento de la realidad ni de sí mismo. Carece de la base, que le permita andar, avanzar y llegar a la meta, a la que se siente llamado. En la metáfora del barón de Münchhausen, el no hacer pie significa que no hay fundamento. Por ello, el tercer momento del trilema implica el sostenerse a sí mismo.

Aunque no tiene un fundamento racional, parece que al hombre le queda un producto suyo, que también proporciona el saber: el conocimiento científico. Gracias a la ciencia, en los dos últimos siglos, se han dado, en todos los ámbitos de la cultura y de la vida humana, grandes cambios, que se han extendido por todas partes. Como consecuencia del progreso de las ciencias y de la técnica, el hombre ha ampliado extraordinariamente su poder.

⁴¹ K. MARX, *Tesis sobre Feuerbach*, Tesis segunda

⁴² *Ibíd*, tesis sexta

Sin embargo, debido al método limitado de las ciencias empírico-experimentales, que no es apto para llegar a lo más profundo de las cosas, a su esencia y causas últimas, se ha quedado en lo superficial o en lo fenoménico. Ha creído que no podía saber nada del «más acá» ni del «más allá». El agnosticismo es su respuesta sobre todo lo que está más allá del hombre mismo y, por tanto, de lo trascendente.

Además, a pesar de todas las grandes transformaciones en todos los órdenes de la vida humana, no parece que hayan hecho al hombre actual más maduro humanamente—más consciente de su dignidad personal, más abierto a los demás, y más responsable— y que su vida sea más humana en su totalidad. Por el incremento de su poder científico-técnico, el hombre tiene a su disposición muchas más riquezas, mayor poder económico y aumentan continuamente los conocimientos en las distintas ramas del saber, lo que le permite no sólo conocer y utilizar la naturaleza física, sino también su misma intimidad espiritual, tomando mayor conciencia de su libertad, y de las leyes de la vida social.

El conjunto de estos y otros logros, que derivan de la ciencia, han hecho que el hombre de la modernidad, confiado con exceso en ellos, haya creído que se basta a sí mismo. Ha caído en una actitud antropocéntrica, en la que no caben valores trascendentes. Se ha olvidado completamente de ellos. La actitud optimista y esperanzada de la modernidad parece haber sido heredada por el cientificismo.

No es lo mismo la ciencia, la ciencia empírico experimental, que el cientificismo, que puede definirse como: «una filosofía equivocada que pretende explotar la ciencia en beneficio de ideologías»⁴³. El cientificismo no está relacionado directamente con la ciencia, sino con las ideologías, idearios, que se imponen dogmáticamente, que, por no reconocer los cambios de la realidad, se consideran definitivos y terminados, y que expresan toda la realidad en su conjunto.

En cambio, la ciencia en sí misma es un bien para el hombre. Incluso, se ha dicho que: «El enorme progreso de la ciencia experimental, desde el siglo XVII, ha contribuido en gran manera a la difusión de los valores característicos de la empresa científica. No parece arriesgado afirmar que valores, que se encuentran fuertemente arraigados en la civilización actual, han experimentado una gran difusión gracias al progreso científico. Las exigencias de comprobación pública intersubjetiva, de transparencia, objetividad, rigor argumentativo, información, participación democrática, igualdad, contrastabilidad empírica, promueven la difusión de los correspondientes valores».

Es innegable, que estos valores, que ha cultivado y desarrollado la investigación científica, han sido asumidos por la cultura actual como valores morales. Estos valores, que han hecho progresar a la ciencia y a la tecnología, y que pertenecen esencialmente a

⁴³MARIANO ARTIGAS, *Ciencia, razón y fe*, Eunsa, Pamplona 2004, p. 181.

su metodología, han contribuido también al progreso ético de la sociedad. Además: «En la época moderna un número cada vez mayor de personas ha participado y participa en la ciencia y en la tecnología, a través de sus estudios y de su trabajo, y también, de las tecnologías que llegan a todos los rincones de la sociedad».

Sin embargo, la misma bondad de la ciencia, con su eficacia y progreso, conlleva varios peligros para el hombre. Por una parte, la ciencia: «Con sus aplicaciones tecnológicas, pone en nuestras manos unas capacidades cada vez mayores de interferir con el desarrollo de la naturaleza e incluso de la vida humana en sus aspectos más personales. Se solucionan muchos problemas, pero se crean otros que, a veces, son mayores que los anteriores».

Además de la crisis actual de la metafísica, hay otras voces también autorizadas que hablan de una crisis de la humanidad, y que a ella han contribuido estos problemas que plantea la ciencia de nuestros días. En la raíz de esta problemática, se descubre que: «La mentalidad funcionalista pone la eficacia en primer plano, y con facilidad lleva a considerar esa eficacia como lo principal, sin detenerse en consideraciones éticas. Parecería a veces que todo lo que se puede hacer con la ayuda de la ciencia y de la tecnología, se debe hacer, o se acabará haciendo, tarde o temprano»⁴⁴.

Por otra parte, el peligro principal es la difusión de una mentalidad positivista, que fomenta la ilusión de que la ciencia tiene un carácter redentor o mesiánico. Gracias a las conquistas científicas y técnicas, se cree que el hombre, podrá solucionar todos los problemas sean del tipo que sean. La ciencia y la técnica adquieren así un carácter sacramental o mágico. «El cientificismo actual es, en el fondo, una religión que pretende sustituir las doctrinas religiosas por una “actitud científica”, que se considera como un “absoluto” capaz de orientar la vida humana y de garantizar la rectitud ética»⁴⁵.

En el mundo científico, se ha impuesto esta mentalidad positivista, que no sólo se aleja de las doctrinas religiosas, sino que sobre todo olvida la relación de la ciencia con la metafísica y la ética. Las consecuencias son también muy graves, porque sin referencia ética, se olvida la finalidad humana de la ciencia, la persona, y se pone como centro de interés la lógica del mercado o el afán de dominio de la naturaleza y sobre el mismo hombre.

Ante el poder científico, que se presenta como autónomo y absoluto, no es extraño, que exista el temor de ser víctima de un dominio científico técnico no sólo sobre el cuerpo sino también sobre el espíritu. Se teme que el hombre quede privado de la libertad, tanto la exterior de profesar lo que piensa o sus creencias, como la interior. No es infundado el miedo de que la ciencia actual pueda negar teórica y prácticamente

⁴⁴ *Ibíd.*, p. 186.

⁴⁵ *Ibíd.*, p. 135.

la dignidad personal y la libertad humana. En definitiva, que, como todo ídolo, vaya contra el hombre.

Desde la voluntad de autoafirmación del hombre como sujeto creador de la ciencia y absolutamente libre, como científico, de toda normativa, se busca la salvación. Se pretende la autosalvación, sin necesidad de ningún otro fundamento, de modo parecido a como el barón quería pasar el lago sosteniéndose a sí mismo. No obstante, Quizás sea cierto que, en nuestros días, como se ha dicho: «Ya pasó la época en la que se pensaba que la ciencia solucionaría todos los problemas humanos. Las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki fueron la señal definitiva de que la ciencia, además de beneficios, podía crear serios problemas» .

4.1. Postmodernidad y científicismo

Si ya no existe el científicismo optimista, no ha desaparecido, sin embargo, el científicismo. Incluso más potente y con mayor fuerza difusiva, por complementarse con el sistema posmoderno nihilista. Puede decirse que sólo ha muerto el optimismo, no el científicismo. Sigue flotando en el ambiente la idea de que la ciencia que es el culmen de todo conocimiento. El científicismo sigue vivo. Al advertir que la ciencia no es capaz de cumplir todas sus promesas, ha sucedido simplemente que el científicismo se ha vuelto pesimista. Se razona del modo siguiente: si ni siquiera la ciencia es capaz de solucionar este problema, mucho menos podrá hacerlo la filosofía, o la religión».

Ante un problema sobre el que la ciencia ha renunciado ya a tratar, se piensa que ya no podrá hacerlo otro tipo de saber, como, por ejemplo, el filosófico o el religiosos. Si la ciencia rigurosa no puede hacerlo como podrá hacerlo otra. No obstante: «Al razonar así, se olvida que la ciencia experimental, por su propia naturaleza, no se puede aplicar a muchos problemas que, sin embargo, son reales y admiten solución por otros camino⁴⁶.

En todo caso, es cierto que el científicismo ha logrado que se identifique «verdad» con «ciencia». Se cree que sólo es verdadero lo científico experimental, Científico y verdadero han quedado identificados. Como si esta ciencia fuera el único modo de acceder a la realidad.

4.2. La ley del platomismo

El optimismo moderno se manifiesta en un aspecto práctico, decisivo y radical de la metafísica moderna, que casi ha sido una constante en todas sus corrientes, aun las que parecen más opuestas: una latente concepción redentora Sin embargo, el hombre moderno, ha fracasado en este intento, al igual que el barón.

⁴⁶ Ibid., p. 126.

Parece haberse cumplido así la siguiente «ley», que podría denominarse «ley del platonismo», porque no es más que una aplicación concreta del pensamiento profundo de Platón. De la historia de todas las culturas se desprende que: «El hombre, en su existencia terrenal limitada y relativa, no es capaz para crear lo bello y lo precioso sino cuando cree en otra existencia ilimitada, absoluta e inmortal»⁴⁷.

En términos filosóficos, habría que decir que sin el platonismo la cultura humanista es imposible. «Sólo el hombre espiritual puede ser un verdadero creador sumergiendo sus raíces en la vida infinita y eterna»⁴⁸. La historia de la modernidad confirma esta ley, porque: «Sus momentos de más grandiosa elevación continúan vinculados a un retorno a la Edad Media, le retrotraen a los orígenes del cristianismo, como sucedió, por ejemplo, al comienzo del siglo diecinueve con el movimiento romántico, y al fin del mismo siglo con el movimiento neo-romántico y simbolista».⁴⁹

La aplicación de esta ley al final de la modernidad, afirmar que el hombre moderno: «Si continúa espiritualmente viviendo, se debe sólo a los cimientos cristianos de su alma. El cristianismo ha seguido viviendo en él bajo una forma secularizada, preservándole así de la descomposición».

Se puede decir que: «Desde comienzos de la Edad Moderna se trabaja por elaborar una cultura no cristiana. Durante mucho tiempo esta negación apunta únicamente al contenido mismo de la Revelación, no a los valores éticos, sean individuales o sociales, que se han desarrollado bajo la influencia de aquella»⁵⁰.

No se ha reconocido este hecho histórico y se ha afirmado, en cambio, que: «los valores, por ejemplo, de la persona, la libertad, la responsabilidad y la dignidad individual, del respeto mutuo y de la mutua ayuda, constituyen posibilidades innatas en el hombre, descubiertas y desarrolladas por la Edad Moderna»⁵¹.

Estos valores son cognoscibles por la razón, pero la Iglesia los propuso junto con los valores religiosos de contenido sobrenatural, porque no se habían descubierto plenamente y quizás hubieran permanecido siempre ignorados. La Iglesia al evangelizar propone estos preámbulos de la fe y, con ello, culturaliza. «La tesis de que estos valores y actitudes corresponden simplemente al desarrollo de la naturaleza humana ignora el sentido real de los mismos; más aún, desemboca —es menester decirlo sin rodeos— en un fraude que pertenece también, para quien vea las cosas como son, al cuadro de la Edad moderna»⁵².

⁴⁷ N. BERDJAEFF, *Una nueva edad media*, op. cit., p. 34.

⁴⁸ *Ibid.*, pp. 34-35.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 33.

⁵⁰ R. GUARDINI, *El fin de los tiempos modernos. Ensayo de orientación* (Trad. de A.I. Bixio) Editorial Sur, Buenos Aires 1958) 80-81.

⁵¹ *Ibid.*, 81-82.

⁵² *Ibid.*, p. 83.

Sin embargo, este «fraude intrínseco»⁵³ parece que se va desvelando poco a poco. De manera que, «se va a desarrollar un nuevo paganismo»⁵⁴, sin sabiduría, la base, griega y sin las tres columnas cristinas, los tres principales preámbulos de la fe. Podrá afirmarse entonces que: «toda la historia moderna ha sido una dialéctica inmanente de autorrevelación, y después, de autonegación de los principios que habían motivado su nacimiento (...) El humanismo no ha fortalecido, sino que ha debilitado al hombre: tal es el desenvolvimiento paradójico de la historia moderna. A través de su autoafirmación, el hombre se ha perdido, en lugar de encontrarse»⁵⁵.

5. Principios fundamentales cristianos

La contradictoria y destructora «ruptura con las profundidades espirituales» y «el agotamiento de la energía espiritual a que ha dado lugar»⁵⁶, ha conducido a algo tan alejado de los propósitos y los frutos de la antigüedad y del cristianismo: «a la negación y a la destrucción del hombre»⁵⁷. Si la primera ruptura con la modernidad de 1968 fue una «revolución cultural», la segunda de 1989 fue una «caída en el nihilismo»⁵⁸. Se han perdido e ignorado los tres principales preámbulos de la fe o las tres columnas del mundo occidental

5.1. Primer principio

El primer principio filosófico, revelado por la religión cristiana es que todo hombre es persona, que, aunque podía ser descubierto por la razón fue ignorado por la filosofía griega. La persona significa la totalidad de cada hombre, constituida por un alma espiritual y un cuerpo propio.

La persona es, por tanto, lo más individual, lo más propio que es cada hombre, lo más comunicable, o lo menos común, lo más singular. Una individualidad única, que no se transmite por generación, porque no pertenece a la naturaleza humana ni a ciertos accidentes suyos, a los que esta predispuesta la misma naturaleza, que es transmitida con ellos de padres a hijos. «El hombre engendra seres iguales a sí específicamente, pero no numéricamente. Por tanto, las notas que pertenecen a un individuo en cuanto singular, como los actos personales y las cosas que le son propias, no se transmiten de los padres a los hijos. No hay gramático que engendre hijos conocedores de la gramática que el aprendió. En cambio, los elementos que pertenecen a la naturaleza, pasan de los

⁵³ *Ibid.*, p. 84.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 85.

⁵⁵ N. BERDJAEFF, *Una nueva edad media*, o.c., pp. 12-13.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 22-23.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 29

⁵⁸ IDEM, *Discurso: Encuentro con el clero de la diócesis de Belluno-Feltre y Treviso en Auronzo de Cadore*, op. cit.

padres a los hijos, a no ser que la naturaleza esté defectuosa. Por ejemplo, el hombre de buena vista no engendra hijos ciegos si no es por defecto especial de la naturaleza. Y si la naturaleza es fuerte, incluso se comunican a los hijos algunos accidentes individuales que pertenecen a la disposición de la naturaleza, como son la velocidad de cuerpo, agudeza de ingenio y otros semejantes. Pero no las cosas puramente personales»⁵⁹.

El término persona, por expresar toda la individualidad humana, no tiene el mismo significado que el de hombre. En el lenguaje corriente, ambos se emplean como equivalentes. Es una utilización correcta, porque todo hombre es persona. Sin embargo, el nombre persona tiene una caracterización lógica y gramatical distinta de las de hombre y también de todas las demás palabras. Éstas se refieren siempre a características esenciales, generales o individuales. La persona, a diferencia de todos los demás nombres, sin la mediación de algo esencial, se refiere recta, o directamente, al ser, la causa profunda de la individualidad humana. Persona nombra al fundamento individual inexpresable esencialmente de cada hombre.

Todas las perfecciones de los distintos entes, son expresadas por su esencia, aunque se resuelvan en último término en el acto del ser, porque es el fundamento de tales perfecciones. En cambio, la persona, nombra de manera inmediata al ser, sin la interposición de algo esencial. Por ello: «El ser pertenece a la misma constitución de la persona»⁶⁰. El principio personificador, la raíz y origen de todas las perfecciones de la persona, incluida su individualidad completa, es su ser propio.

Las cosas no personales son estimables por la esencia que poseen. En ellas, todo se ordena, incluida su singularidad, a las propiedades y operaciones específicas de sus naturalezas. De ahí que los individuos impersonales solamente interesan en cuanto son portadores de ellas. Todos los de una misma especie son, por ello, intercambiables. No ocurre así con las personas, porque interesan en su misma individualidad, en su personalidad. A diferencia de todos los demás entes singulares, la persona humana es un individuo único, irrepetible e insustituible.

En su singularidad, la persona es un fin en sí misma. En el orden creado, todo está subordinado a la persona. Por esta absoluta y universal primacía de la persona, todo es un medio para que cada una de ellas logre su plenitud de bien. Afirma, por ello, Santo Tomás que: «Todas las ciencias y las artes se ordenan a una sola cosa, a la perfección del hombre, que es su felicidad»⁶¹.

5.2. Segundo principio

El segundo fundamento cristiano, que complementa al anterior, porque revela la dignidad personal afirma el carácter libre de la voluntad personal

⁵⁹ ID., *Suma teológica*, I-II, q. 81, a. 2, in c.

⁶⁰ *Ibid.*, III, q. 19, a. 1, ad 4.

⁶¹ ID., *Exposición a los doce libros de la Metafísica*, Proem.

La libertad o libre albedrío es querer un bien elegido. En esta definición intervienen tres elementos: la voluntad, como principio intrínseco; el fin: el bien propio; y un acto: la elección.

Debe precisarse que la voluntad humana que con relación al fin último, el bien y, con él la verdad —bien del entendimiento—, y cuya posesión se identifica con la felicidad, no hay elección, porque se quiere de un modo natural y necesario. Es preciso que sea así, porque la tendencia irrenunciable, aunque no sea electiva, al fin, o bien último, es la que permite la elección de los medios para llegar a él y también otra elección más radical: la concreción o particularización del fin supremo, al que se tiende ya natural y necesariamente en su modo abstracto o general.

En el querer electivo del fin concreto y de los correspondientes medios no se logra siempre la tendencia del querer necesario del bien y la felicidad, porque el hombre, tanto en la elección del fin último concreto, que, sin estar fijado, ya se desea por una tendencia natural y necesaria de una manera universal, como en la elección de los medios que llevan al bien supremo determinado, tiene la posibilidad de hacer una mala elección, de elegir el mal.

En la libertad humana se elige entre el bien y el mal. Sin embargo, cuando el hombre hace el mal, no obra, en sentido propio, con libertad. Si se eligen los medios que conducen a su fin concreto, que ha sido también elegido, se actúa propiamente con libertad, porque el resultado es un bien para el sujeto de la libertad. En cambio, si no elige el verdadero fin último concreto, o toman unos medios inadecuados, se pierde en realidad la libertad, porque no se obtiene un bien.

Como todas las elecciones tienen como finalidad el bien, puede decirse que cuando se elige el mal, por perjudicar siempre a su autor, este mal quita la libertad. Sin embargo, con el mal no se pierde totalmente la libertad, pero queda afectada la integridad de la libertad. El mal no remueve de la libertad su primer elemento, su voluntad del bien, ni tampoco el segundo, la elección. Si, en cambio, el tercer elemento de la libertad, el fin que es el verdadero bien. Con el mal, queda modificada la finalidad esencial de la libertad, el bien propio, y, con ello, ya no hay auténtica libertad.

5.3. Tercer principio

El tercer principio fundamental es la afirmación del amor entre las personas, Como lo definió Aristóteles, amar es «querer el bien para alguien. También siguiendo a Aristóteles, puede decirse que hay dos especies de amor: el amor de posesión, o de deseo y el amor de benevolencia o de donación u oblación, según que el objeto del amor sea la persona propia o la ajena. El primero es un amor recurvo, porque quiero el bien para mí. El segundo quiero el bien del otro.

Si el amor de benevolencia o donación, que es bilateral, como también enseñaba Aristóteles, se convierte en amor de amistad. Es un amor en que además de la benevolencia y reciprocidad, y como consecuencia de ambas, se da una tercera característica, la unión afectuosa. Los dos sujetos del amor están unidos afectivamente. En este amor mutuo, el otro es «sentido» como «otro yo». Además esta unión afectiva tiende a la unión efectiva o unión real.

En la unión del amor de amistad se respeta y exige la unidad y la libertad del otro. En este amor es posible la unión sin la eliminación de las diferencias. No es una asimilación, sino una reunificación libre. Si desapareciera la libertad y la voluntad del otro desaparecería el amor de amistad. Por ello, siempre hay que respetar la voluntad libre del hombre para que pueda ser posible el amor de amistad.

Desde este principio se cree que la realización más auténtica del bien común está en la amistad civil. Es una fundamento o principio que, en gran parte, ha sido olvidado en las filosofías políticas, quizá por el influjo de las ideologías, tanto individualistas como colectivistas, que parecen buscar únicamente la justicia en la sociedad política.

La ley tiende a la amistad entre las personas, a la amistad interpersonal, o el amor de donación mutua, al que tiende también la persona. Todo hombre desea dar y suscitar un amor pleno, el amor de donación recíproca, que se constituye por una unión afectuosa y origina una comunicación de vida personal⁶².

Podría incluso definirse la persona como el sujeto y el objeto del amor no posesivo, del amor de donación interpersonal, del amor de amistad. «Toda ley tiende a esto, a establecer la amistad de los hombres, unos con otros o con Dios. Por esto, toda la ley se resume en este solo precepto: “amaras al prójimo como a ti mismo”, como en el fin de todos los preceptos. El amor de Dios queda incluido en el amor del prójimo, cuando el prójimo es amado por amor de Dios»⁶³.

5.4. La humildad ontológica

La filosofía cristiana revela que el hombre en su ser y en su vida no es independiente. «El hombre es dependiente, lo que sólo puede impugnar mintiendo contra el ser»⁶⁴. Ser humano se identifica con dependencia. El hombre es dependiente.

La condición humana revela que: «estamos, realmente, a merced de lo incalculable y de lo irresistible, a merced de todo aquello que, con toda seguridad, somos incapaces de hacer; tan sólo podemos esperararlo y aceptarlo».

En esta aceptación y esperanza se manifiesta la dependencia metafísica, porque: «Lo esperado puede hacerse esperar. Me hace estar siempre dependiente, se me antoja

⁶² Cf. *Ibid.*, I-II, q. 26, a. 4, in c.

⁶³ *Ibid.*, I-II, q. 99, a. 1, ad 2.

⁶⁴ JOSEPH RATZINGER, *En el principio creó Dios*. Consecuencias de la Fe en la Creación (Trad. S. Castellote), Valencia, Edicep, 2001, p. 122.

siempre como un factor de riesgo y de incertidumbre ante todo aquello de lo que no puedo disponer. Se me puede engañar y se me deja inerte ante ello».⁶⁵

Lo que podría llamarse la humildad metafísica requiere confianza en el Creador, que es Razón⁶⁶ y Amor⁶⁷. Se explica así la complementariedad entre la postmodernidad y el cientificismo y el consecuente tecnicismo. Sin la confianza en el Creador: “Sólo puedo confiar en lo que me está disponible, en el saber que da poder sobre el mundo y que, como sistema capaz de ser abarcado es ajeno a lo incalculable”⁶⁸.

Con el sistema complementario de teoría nihilista y práctica científicista, el hombre posmoderno: «Ve en el saber y el poder, por medio del saber, la única y segura salvación del hombre, que, como tal, no confía en el mundo creado, sino en el que hay que crear, que ya no necesitará de confianza, sino de poder»⁶⁹.

En esta visión del cientificismo posmoderno se ha olvidado la verdad del ser, que es bueno y que tienen su origen en el amor. Desde este fondo metafísico, verdadero y bueno, se revela la bondad del ser dependiente que tiene el hombre. La humildad metafísica se expresa con la aceptación de la dependencia de la voluntad divina, que lo hace criatura libre.

Como ha dicho recientemente Benedicto XVI: «¿Qué nos dice a nosotros esta historia del pasado? ¿Cuál es el presente de esta historia? Ante todo está en cuestión la prioridad del primer mandamiento: adorar sólo a Dios. Donde Dios desaparece, el hombre cae en la esclavitud de idolatrías, como han mostrado, en nuestro tiempo, los regímenes totalitarios, y como muestran también diversas formas de nihilismo, que hacen al hombre dependiente de ídolos, de idolatrías; lo esclavizan»⁷⁰.

Eudaldo Forment

⁶⁵ JOSEPH RATZINGER, *En el principio creó Dios*, op. cit., p. 121.

⁶⁶ «El Verbo era Dios» (Jn 1,1).

⁶⁷ «Dios es amor» (I Jn 4, 7).

⁶⁸ JOSEPH RATZINGER, *En el principio creó Dios*, pp. 121-122.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 122.

⁷⁰ BENEDICTO XVI, *Audiencia*, 15 de junio de 2011